

es retórica y sólo es sabia cuando lleva al quietismo y la no intervención del gobierno en la sociedad. «Sólo los gobiernos viejos y llenos de experiencia pueden dar una vida tranquila a los pueblos». Ejemplo al caso: en 1931, era preferible la monarquía a la revolución, por lo que la república fue históricamente errónea. Suerte de conservatismo por resignación pesimista, esta visión desconfiada de la historia nos retrae, de nuevo, al noventa y ocho, a su trasfondo nihilista, fruto de un desengaño histórico colosal, la convicción tardía y súbita de que España es un país sin pulso, es decir sin vibración histórica. Un país de cultura y no de civilización. O, si se prefiere, a otra dualidad más antigua, la del conflicto entre Ilustración y casticismo en el siglo XVIII. Tal vez, la tensión más fuerte y dramática de los noventiochistas.

Desde la intimidad de la *gens*, resulta difícil percibir al otro. No tan sólo ver que está allí, sino aceptarlo como tal otro. En la *gens* todo es mismidad, no hay ninguna diversidad que integre la identidad del mismo. Ya hemos visto la escasez de amigos personalizados que registra la infancia de Pío. Es curioso que, entre ellos, figure un perro rabioso al cual matan entre varios vecinos. Su paisaje fantástico es la isla de Robinson, que imagina desde lo alto de un paseo pamplonés: una isla fuera de los mapas, a la cual nadie llega, un lugar sin otros, autárquico y carente de historia: el desierto de la repetición y de la soledad monjil. Robinson sólo tenía un libro, el libro, la Biblia.

Pío recuerda a los otros de su niñez como agresores, con un sentimiento de desprotección. Los otros significan la caída de las defensas familiares. De ahí, quizá, su fascinación por los trasgresores. Cuando los golfillos del Rastro le tiran piedras, al verlo de traje y bombín, seguramente quisiera ser como ellos. En su lugar, anota minuciosamente las crónicas de los crímenes famosos, los atentados contra los grandes personajes, los petardos que se arrojan a las procesiones. Trasgredir, neutralizar la agresión, salirse de la norma gentilicia.

Un momento importante en la aparición del otro lo constituye su decisión vocacional de estudiar medicina. Entra en escena uno de sus dos amigos de juventud, Carlos Venero (deteniéndonos en su apellido, vemos que proviene de *vena*, lugar por donde circula el fluido vital, y que «venero» significa manantial, origen y, también, la línea que marca las horas en el reloj de sol: hay un elemento conductor y paterno en estas palabras). Venero convence a Pío de que sea médico. Y Venero es la contrafigura de Pío, un doble y opuesto que, en ciertas novelas de su madurez, sirve de complemento ideal al típico héroe «flojo» barojiano (cf. *El mayorazgo de Labraz* y *Camino de perfección*).

Venero era un poco petulante: se cuidaba el pelo, el bigote y las manos, y le gustaba echárselas de guapo. Su gran deseo era dominar, pero no podía ejercer su dominación en una zona extensa ni trazarse un plan, y toda su voluntad de poder y toda su habilidad los ponía en cosas pequeñas.

De algún modo, Venero ocupa el lugar del primogénito. Es el muchacho calaverón que cree en la realidad del «vicio» madrileño, el que sale de noche y participa en la fiesta. Otro gran ejemplo del 98 se marca con la misma estructura: los hermanos Machado. Manuel Machado y Carlos Venero van a la juerga y la cuentan cuando ha pasado. Pío y Antonio se quedan en casa, imaginando, desde la galería, la vida que les resulta una privación.

Una pareja de amigos es excesivamente íntima y puede desembocar en cainismo. Hace falta un tercero que equilibre y neutralice, dando al triángulo el aire de una pequeña *gens* que circula por la ciudad de los peligros. Es Riudavets.

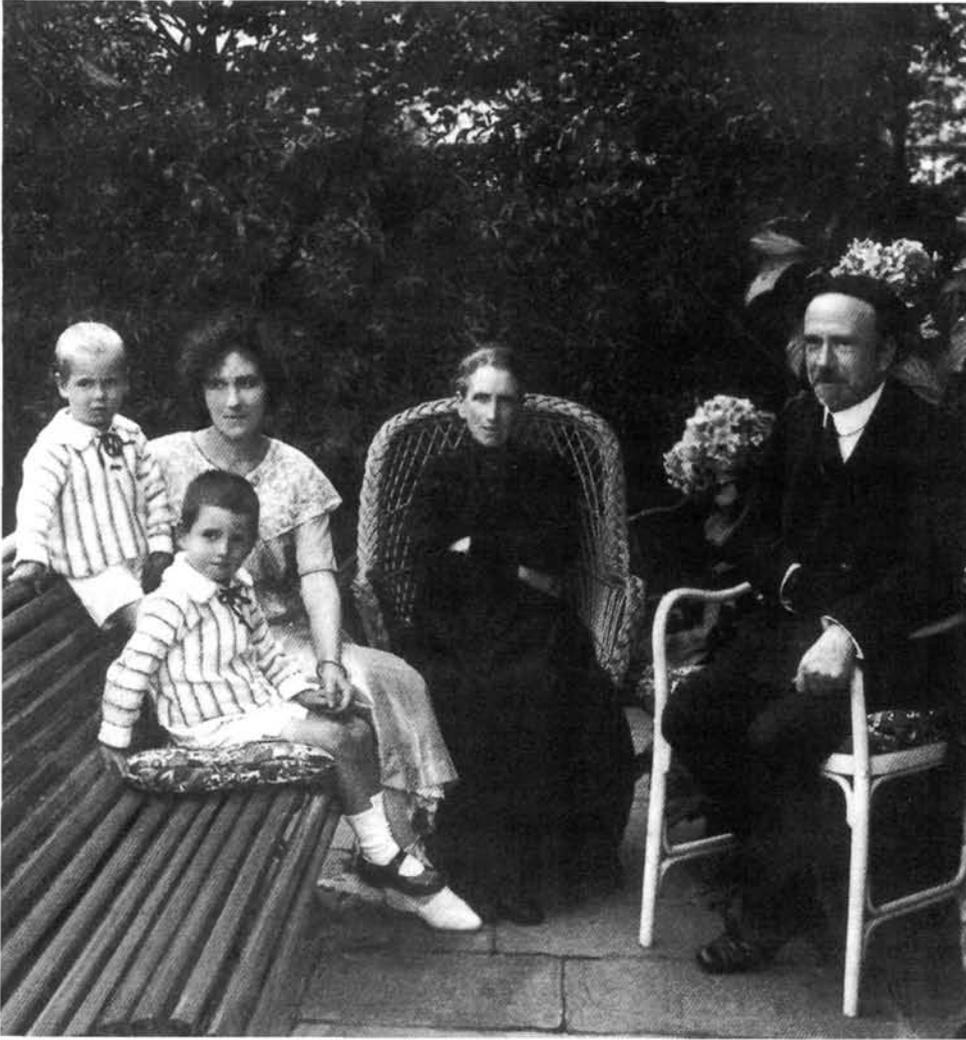
Formábamos los tres amigos como un triángulo difícilmente cambiante, fundado tanto en las afinidades como en las discrepancias. Uno más, ya estorbaba, uno menos nos daba la impresión de que faltaba algo.

El número tres puede simbolizar la perfección, la plenitud. En otro sentido, Pío tuvo dos hermanos varones y pudo reemplazarlos por esta familia de elección, de afinidad.

El otro fuerte elemento de alteridad son las mujeres. Pío ha explicado su soltería precoz y persistente a partir de los demás. Es decir: no se casa porque ninguna mujer quiere casarse con él, ninguna gusta de hablar exclusivamente con él. En su juventud, se siente desdeñado por las muchachas por su falta de porvenir, algo equivalente a la agresión del otro, cuando abandona la protección doméstica. Pío ve a las mujeres como un género, un conjunto de individuos nivelado por «la fuerza del sexo». Su prototipo es la viuda madrileña que, apenas inhumado el marido, pone una casa de huéspedes y espera la llegada de los estudiantes. Pío se entusiasma, en su adolescencia, con dos o tres chicas, pero limita su manifestación amorosa a una mirada o un saludo. Tal vez faltó la patrona de la pensión.

El modelo de amor que lo conforma es el del amor cortés, que supone la distancia entre el amante y la amada, distancia no sólo física, sino social: generalmente, la amada es una mujer de elevado rango, inaccesible para el pobre cantor de la cortesía. Una encantadora historia nos muestra al joven Pío enamorándose de una muchacha a bordo de un tren. Se despiden al bajar y no vuelve a verla. Es el amor romántico, mantenido por la lejanía y que se corrompe al convertirse en próximo y carnal, porque el contacto físico supone la intervención del cuerpo, es decir de la muerte.

Raramente, Pío personaliza a las mujeres que conoce. Aparte de su fijación por la madre-hermana, otro personaje es reconocido como una suerte



En Itzea, hacia 1920:  
Ricardo Caro Baroja,  
Carmen Baroja de Caro,  
Julio Caro Baroja,  
Carmen Nessi de Baroja  
y Pío Baroja

de «extraña pareja», según la fórmula de los vecinos: su tía Juana Nessi, con quien administra el horno de panadería familiar.

Julio sigue fielmente, en esto, los pasos de Pío. A los doce años se enamora castamente de una compañera de estudios y, poco después, se entusiasma con una muchacha a la cual ve desde la ventanilla del tranvía. Hay algunos noviazgos frustrados y uno, en concreto, por animadversión de los Baroja hacia la novia. Julio confiesa no poder reunir el amor y el sexo, el alma y el cuerpo. O desea a mujeres que no ama, o ama a mujeres que no desea. El amor, como la religión, o se incorpora tempranamente, o no se llega nunca a él/ella. «El amor es un mal universal, un terrible mal del que hay que sustraerse como sea». Amor que se parece al de un cura que lee a Boccaccio, una promesa infinitamente lejana, apenas entrevista en los desnudos de la pintura renacentista o la escultura clásica. El inalcanzable árbol de la vida, quizá plantado en una colina utópica, suave y maternal, del país vasco. No el barojiano *árbol de la ciencia*, en todo caso.

Algo malo y parecido a lo religioso: un tabú. Podría pensarse que la distancia entre Pío, Julio y el género femenino se debe a una promesa de celibato sacerdotal, a la necesidad de mantenerse barojas (ríos fríos) para poder ejercitar su trabajo intelectual. Pero también puede pensarse en una lógica gentilicia: aceptar a una mujer significa traicionar al clan, incorporarse al clan de la esposa. La defensa contra esta defección gentilicia es el celibato.

Pero el celibato es trágico. Al final de sus memorias, Julio nos cuenta las muertes de Pío y de su hermana-madre, Carmen Baroja de Caro. Pío va perdiendo la memoria y se queda sin historia: desaparece antes de morir. Carmen es la última mujer de la *gens*. Muerta ella, nadie puede ocupar el lugar de la matriarca y se clausura el grupo gentilicio. El último cronista queda para narrar el fin de la raza.

**Blas Matamoro**

